

VIDA Y MASCARA EN

Ramón

CESAR ALONSO DE LOS RIOS

El olvido en que se tiene a Ramón es tan injusto como importante es su obra en nuestras letras. Digamos de entrada que fue el jefe del vanguardismo español a lo largo de un cuarto de siglo (introdujo a Marinetti en España y se adelantó a Pirandello); enriqueció la literatura con una institución nueva, la "greguería", "la flor de todo lo que pasa"; fundó un ismo que empieza y acaba en sí mismo, el ramonismo; él solo fue "una generación unipersonal" (Fernández Almagro) y levantó una obra tan vasta y tan rica que "equivale a la de toda una generación" (Cernuda); se le ha llamado, también a él, monstruo de la Naturaleza, ya que llegó a rebasar muy sobradamente el centenar de títulos, de todos los géneros (excepto de poesía, que impregnó toda su obra) habiendo publicado su primer libro a los dieciséis años y habiendo batido records editoriales como cuando presentó cinco títulos a la vez.

Cosa rara en un escritor español de este siglo, fue reconocido muy pronto, traducido, exaltado. Valéry Larbaud llamó al torreón de Velázquez de Ramón —cuyo ventanal jamás se apagaba durante la noche— "luz de navío en las avanzadas de Europa".

No contento con su papel de escritor apasionado, convirtió su propia vida en un festín literario. Se ha hecho famoso su cuarto de trabajo —el mayor "collage" doméstico que se haya conocido— en el que escribía a la luz de un auténtico ferol de gas. Lo compartía con una muñeca de cera, de tamaño natural, a la que llegó a regalar una pulsera de pedida. Fue el cantor de la ciudad moderna, y estableció su academia en un café, el Pombo, donde oficiaba de pontífice heterodoxo. Pronunció conferencias sobre el trapecio de un circo y a lomos de un elefante. El, que había calificado a Valle-Inclán como "la mejor máscara a pie que cruzaba la calle de Alcalá", hizo del humor su propia máscara. Su biografía "Automoribundia", escrita ya en el exilio, es la descripción de esta máscara. Con frecuencia la realidad queda escamoteada; sin embargo, y quizá a su pesar, nos ofrece las clave que nos permiten reconocer al tiempo que a un artista privilegiado al gran mistificador. También nos permite rastrear el secreto de este prematuro olvido hacia una obra que por querer ser sólo literaria ha perdido eficacia con el tiempo, como pocas.

Ramón, que tenía afán de perdurar, que laboró apasionadamente por conseguir esa tercera vida de la fama, se equivocó en la fórmula. Comentando la frase de Proust ("la calidad de la metáfora es lo único que da la medida de un artista y su estilo") había escrito:

"Las ideas serán verdaderas una temporada, las glosas serán aburridas, las tesis quedarán tontas; pero las acertadas metáforas serán florecillas de los siglos, así como las generaciones enteras desaparecidas, sólo queda apenas una fábula".

LOS GOMEZ DE LA SERNA: LA ESTIRPE

Ramón. Como de la Cruz, Mesonero Romanos, Menéndez Pidal, Pérez de Ayala, J. R. Jiménez... Pero más Ramón que cualquiera de ellos, hasta el punto de haber llegado a firmar con sólo el nombre. Así en "Pombo". O a destacar tipográficamente el nombre sobre los apellidos. Por ejemplo, en "Senos", "La viuda blanca y negra", "Greguerías", "Muestrario"...

Sin embargo, contaron mucho los apellidos en la biografía de Ramón. Su familia fue una de esas raras estirpes españolas cultivadoras de las letras. Ramón busca esta ascendencia en el liberalismo de su bisabuelo, un presidente del Tribunal Supremo, que —según él— envió a Sanz del Río a estudiar con una beca a Alemania. La primera censora, y la más dura, de los escritos de Ramón fue su tía abuela Carolina Coronado, sobre la que escribiría una biografía. La Coronado, ya ochentona y desde



su retiro de Lisboa, envió una carta en la que criticaba duramente las excesos modernistas de Ramón en unos artículos de "La Región Extremeña", y pedía en ella que se reuniera el consejo de familia para castigar al anarquizante adolescente. **Corpus Barga**, que lleva el Gómez de la Serna por partida doble, fue tío de Ramón y se sintió muy devoto de éste. Pero quien decidió en la vocación literaria de Ramón, hasta el punto de hacerla posible, fue su padre, don Javier, notario doblado de escritor, autor de un libro titulado "España y sus problemas", corresponsal de un diario filipino y fundador y director de la revista "Prometeo", tan importante en nuestras letras, pero sobre todo en la producción primera ramoniana. A don Javier se debe el título —y los gastos— del primer libro de Ramón, "Entrando en fuego". Por fin, un hermano, Julio, figura en la escasa nómina de grandes traductores españoles.

EL ENCUENTRO CON LAS COSAS

Las calles y casas madrileñas en que vivió Ramón son el ámbito del que va a extraer su primer material poético. No cuenta apenas la calle de las Rejas, hoy Guillermo Rolland, escasa de sol, donde nació el 3 de julio de 1888. La familia se trasladó en seguida a la Cuesta de la Vega, abierta a la luz del Guadarrama. Por esta calle vio pasar los primeros coches de caballos, las burras de la leche "con sus cencerros mansos", algunos entierros. Sus juegos infantiles tuvieron como testigos las estatuas blancas del jardín del palacio de Oriente.

Al recordar su infancia en "Automoribundia", Ramón se vuelca en las cosas —objeto de su poética—, mientras vela pudorosamente su vida íntima. Las perso-

nas, las relaciones personales quedan en un segundo plano respecto a las descripciones morosas de los objetos. A través de escasos resquicios podemos saber que el sentimiento de la muerte fue en Ramón una constante, o entrever el desarrollo de su sexualidad. En una escena, finamente morbosa, descubre unas turbadoras pezoneras en la alcoba de los padres. Más adelante, ya en la adolescencia, encontramos un apunte cargado de escepticismo: el amor de sus padres se iba desgastando como el raso de los sillones.

De la Cuesta de la Vega la familia pasó a una casa más recogida e íntima de la Corredera Baja. Esta especie de ensimismamiento familiar se corresponde con el encuentro ya decidido con los objetos familiares: el costurero y su tapadera almohadillada con raso verde, la botella de guindado, los vasares protegidos por los papeles picados que ponían un aire verbenero en la cocina. La descripción de las diversas clases de papelillos de vasar ocupan varias páginas de "Automoribundia", lo cual debe tomarse como algo más que un mero dato cuantitativo.

La personalidad literaria de Ramón se nos muestra ya en esta original **mirada** al mundo, en este afán de transformar las cosas, idealizándolas y descubriendo en ellas connotaciones poéticas, relacionándolas mediante vínculos surreales.

EL 98 DE RAMON

Mil ochocientos noventa y ocho alteró la vida de los Gómez de la Serna. Para Ramón fue el encuentro primero con una realidad política e histórica. Recién llegada la noticia del desastre colonial, se asomó al balcón. Su visión se carga con la sensibilidad de la generación del 98:



EL DESPACHO DE RAMON (FOTO DE LA IZQUIERDA) ERA UN INMENSO COLLAGE; EN EL HABIA INVENTARIADO EL MUNDO. ARRIBA, EN LA PAGINA DE LA DERECHA, LA FOTOGRAFIA QUE RAMON SE HIZO CON MOTIVO DE LA SALIDA SIMULTANEA DE CINCO LIBROS, RECORD NO IGUALADO POR NINGUN ESCRITOR. ABAJO, CARMEN DE BURGOS, «COLOMBINE», EL AMOR BOHEMIO DE RAMON.



“Desde el ángulo de aquel balcón, como niño delirante y suicida, miré con profunda pasión la España que quedaba, mal revocada, virolosa, y me pareció como si la fila de mendigos que a la caída del sol, se formaba frente al refugio de San Antonio, que estaba frente por frente a mi casa, llegase a ser una hilera interminable”.

El padre, empleado en el Ministerio de Ultramar, fue destinado, al desaparecer éste, a Registros. La familia se trasladó a Frechilla, pueblo cercano a Palencia. Los dos niños mayores, Ramón y José, ingresaron en el colegio San Isidoro para comenzar el Bachillerato.

Al igual que los intelectuales del 98, Ramón niño se vuelve hacia el país interior e íntimo, y descubre los pueblos y el tiempo

histórico. Por el cauce del Carrión ve fluir otra corriente de agua que baja de los siglos pasados: “Había una vuelta sigilosa del agua antigua sin dejar de estar mezclada a un agua nueva”. Frechilla, frío de plaza recoleta, mundo enrarecido, es la primera experiencia de la vida rural, pero le impresiona sobre todo Paredes de Nava, el pueblo de los Berruguete, de Jorge Manrique, del padre del general San Martín. Allí descubre la presencia y la persistencia del tiempo, y una magia que envuelve las cosas.

“Ese haber andado en esa incierta edad por un pueblo tan formidable como Paredes de Nava, es como acordarse de haber andado resucitado niño por una tierra del otro mundo”.

LAS LETANIAS DE LA CIUDAD

El padre ha salido diputado por Hinojosa del Duque. Vuelven a Madrid. Ramón ingresa en los Escolapios. Después del paréntesis palentino —tres cursos de Bachillerato— retorna a lo suyo, a lo capitalino: a los ascensores de agua (tan lentos que llevaban en su interior un sofá), a las revistas ilustradas (con las primeras fotos), al ritmo del chotis, a los marrón glacé, a las faldas alminodadas y los manguitos. Todos los señores —recuerda— tenían el aspecto de artistas.

Ya la gente de la ciudad comenzaba a asustarse porque despuntaban algunas chimeneas. Ramón evoca el optimismo de los primeros días del siglo XX: “Comenzamos a escribir las dos XX con verdadero orgullo... Todo iba a ser eléctrico y automático y comenzó a funcionar un limpiabotas mecánico”. Nadie como Ramón ha sabido transmitir ese halo de las cosas pasadas que

ahora llamamos "camp", y nadie ha conseguido mirar hacia atrás con tal sentido del humor poético. Le basta una sola línea para describir la sensibilidad de una época. Así, cuando define el espíritu mundano del siglo que empieza:

"La única catástrofe de entonces era que se cayese un abanico".

Ramón va a ser el cantor de la gran ciudad. Con razón, Alberés le ha situado junto a Jules Romains y Marinetti entre los exaltadores de la ciudad moderna a la que Le Corbusier iba a prestar toda su imaginación. Gómez de la Serna —dice Alberés— entona las letanías de la ciudad. He aquí un texto expresivo de la adhesión incondicional de Ramón por lo civilizado urbano. Pertenece al ensayo "La idea y la ciudad" y fue publicado en el número 26 de la revista "Sur":

"Esos hombres, esas mujeres de corsé emballenado creyeron en lo que tenían que creer, en el ventilador, el traje de rayas, el sombrero hongo y la ampolla eléctrica. Frente a la idea primaria de la tribu con su justicia primaria se eleva el bar automático...La ciudad no puede fallar, porque sin ella todo desaparece y no nos quedaría más que el polvo que llevamos en los bolsillos y el proyecto de otra ciudad que costaría siglos construir"...

El balcón es su punto de observación y es un símbolo de la postura de espectador descomprometido que Ramón va a reivindicar toda su vida para él. Cuando —ya terminada su carrera de Derecho— le ofrezca Canalejas su secretaría particular, Ramón declinará la proposición y comentará: "Balconeo, mucho balconeo, locura de miradas". El cambio de casa a la calle de la Puebla le entusiasmará porque allí puede disponer de un balcón para él solo.

La lectura de "Automoribundia" nos revela un Ramón muy arraigado en lo familiar. Abundan los pasajes en los que canta las excelencias de la seguridad hogareña. Recordemos las páginas dedicadas a la llegada de los estereros al comienzo del otoño:

"El otoño tenía olor a cuerda rastillada, a cordelería macerada, a humedad que había emborrachado a las esteras en los sótanos, y cuando los estereros acababan su labor quedaba la casa más sorda, más propicia para la confidencia, y nuestro cariño hacia nuestro padre era mayor porque además de darnos casa nos la volvía más propicia y confortable".

Debemos decir que esta evocación corresponde a un Ramón no tan joven.

"ENTRANDO EN FUEGO"

La vocación literaria de Ramón fue prematura. Se sintió elegido apenas tuvo uso de razón. ¿Para qué? Nos lo dice: Para transmitir a los demás el significado de un mundo que pronto iba a desaparecer. Y vio su vocación y su aspiración a la fama en función material de libros:

"Aprendí mirando las librerías, que son como los escalones negros para alcanzar la gloria..."

En el San Isidoro de Palencia inicia sus vigiliadas de lector empedernido, y ya enton-



AUTORRETRATO DE RAMÓN. EL ESCRITOR ILUSTRO CON GRACIA ALGUNOS LIBROS SUYOS CON DIBUJOS O VIÑETAS ALUSIVAS A LOS TEMAS.

ces es consciente de que la vida artística va unida a privaciones y ascetismo:

"Ya estaba mi suerte echada, mi ejercicio de vigilia y ayuno, mi nocturnismo, mi fe en explotar el pensamiento sobre cualquier sacrificio o incomodidad".

A los doce años sintió ya la llamada a la literatura "con ciego empuje de jabalí". En su casa confeccionaba un periódico en gelatina, "El Postal", en el que colaboran sus amigos y, entre ellos otro futuro escritor, Ramos de Castro. ¿Qué lee por entonces el bachiller Gómez de la Serna? Cuenta su hermano Julio que llegaba a casa cargado de libros de Ibsen, Poe, Balzac, Stendhal, Baudelaire, Dostoyewsky, Verlaine. A veces dibuja. Hizo un retrato de Azorín —luego escribiría una magistral biografía del autor de "La voluntad"— que pinchó en la pared de su cuarto.

Por estas fechas tiene unos escarceos de novato con una prima. Se asoma con curiosidad al dormitorio de las primas para ver "los pares de medias como nidos de gusanos de seda que fraguaban futuros pares de medias"

Cuando en 1903 termina el Bachillerato ya colabora —gratuitamente, por supuesto— en "La Región Extremeña" y en "El Adelantado de Segovia". El padre ha llegado a director general de Registros y del Notariado. La familia se traslada a un piso más amplio, en la calle de la Puebla. Hace un viaje fugaz a París con cincuenta duros. En 1904 comienza la carrera de Derecho y frecuenta la biblioteca del Ateneo, donde reconoce a Azorín, a Répide y a Costa.

Tiene dieciséis años —1905— cuando saca el primer libro, "Entrando en fuego", editado en Segovia. Algún crítico le presta atención. El segundo, "Morbideces", tiene una repercusión mayor:

"Ya tengo amigos literatos, ya cuentan conmigo como con un compañero de cuitas y esperanzas, ya me traen a firmar cosas que llevan en su encabezamiento firmas prestigiosas. Ya estoy perdido".

El sentimiento constante de la muerte se concreta el día en que muere su madre: "Ya la muerte era mi madre". Ramón tiene los cajones abarrotados de papeles inéditos y siente un fervor desmesurado por comunicarse con el público y por predicar su concepto del arte nuevo. Por fortuna para Ramón, su padre era un hombre interesado por la escritura. Don Javier decide editar una revista cuya parte social se reservará para él y cuya parte literaria encargará a Ramón. "Prometeo" sale en 1908. Los trabajos de Ramón ocupan media revista, y solicita textos a Gabriel Miró y a Juan Ramón Jiménez. Se entregó en cuerpo y alma a "Prometeo".

"Preciosas tardes y preciosas noches y preciosas madrugadas... Escribo dramas como un loco".

En efecto, escribe "La utopía", "La corona de hierro", "La casa nueva". Con "Teatro en soledad" se adelanta a Pirandello. En el número 20 de la revista, en 1910, publica las proclamas futuristas de Marinetti para los españoles. Ramón tendría que recordar más adelante "que diez años antes de que llegase el plagio y la imitación de lo moderno a España", él había escrito en el prólogo al texto de Marinetti frases como "pedrada en el ojo de la Luna", "voltio más que verbo"... conspiración de aviadores y chauffers... De hecho, en 1909, en la Memoria que presentó en el Ateneo como secretario de la Sección de Literatura, y cuya lectura provocó polémicas durante varios días, se encuentra ya el manifiesto ramoniano por



CON AZORIN, DE QUIEN ESCRIBIO UNA BIOGRAFIA MAESTRA, A QUIEN ADMIRO Y A QUIEN HIZO REPROCHES MUY DUROS EN UN EPILOGO...

una nueva literatura. Se titulaba "El concepto de la nueva literatura", y en este texto, de forma confusa, defendía un **nuevo estilo**, proclamaba su adhesión a Nietzsche y afirmaba una literatura vital:

"Nosotros concebimos el minuto de una manera apoteósica y formidable".

Esta concepción literaria de la vida impregnó también sus relaciones amorosas. El tonteo con una prima, la aventura con una lotera, los devaneos con una cupletista, no tenían para él trascendencia. Fue Carmen de Burgos, una escritora bohemia, "que vive independientemente aunque pobre", la que le permitió hacer compatible "el amor con el ser literato":

"Madrid se había complicado con una maja andaluza, muy mujer y llena de grandes ideales".

Con Carmen de Burgos, "Colombine"

mantuvo unas relaciones duraderas, aunque no definitivas.

TODO LITERATURA

No hay en la vida de Ramón algo que no sea literario. Su cuarto de trabajo era un cosmos surreal: mariposas de Indochina y un corazón en un frasco, gárgolas y pisapapeles, un reclamo de perdiz y una veleta encerrada en un gobo de cristal... Las bolas de colores colgaban del techo como de un cielo artificial. Cada vez que Ramón cambiaba de casa tenía que rehacer su habitación: de la calle de la Puebla, al hotel de María Molina, del torreón de Velázquez a la calle Villanueva. En Buenos Aires, ya en el exilio, reprodujo como pudo su cuarto madrileño. Un día compró en el Rastro un maniquí y cuando se le estropeó mandó traer de París una muñeca de cera de tamaño natural a la que compraba joyas y vestía y con la que sus amigos a veces intentaban "propasarse".

"El maniquí de cera es el único 'ralentí' que se puede conseguir de la mujer en reposo, la única imagen de la mujer que puede merecer la demencia religiosa".

Ramón no permite que en su vida entre algo espúreo:

"Quiero mezclar cada vez menos cosas a la vida de literato y que en vez de ser el resto literatura sea toda literatura vital asumida, sin comparanzas con otro género de vida".

Lógicamente, el Rastro tenía que seducirle. Allí las cosas se muestran en su radical soledad, amontonadas sin funcionalidad y, sin embargo, coherentes. "El Rastro", aparecido en 1915, es el primer libro que verdaderamente estima ("El primer libro en que estoy "en forma" y que aparece en una editorial como la de Sempere... y por eso encabeza mis "Obras Completas").

Max Aub define así el cosmos ramoniano: "Uniendo y reuniendo las cosas más dispares, feliz entre residuos, objetos viejos e inservibles, dueño del Rastro, título de uno de sus libros más originales. En una época en que "lo nuevo" tenía la mayor importancia, Gómez de la Serna lo encarnó cumplidamente. Si el anarquismo fuese una teoría literaria, sería su profeta. No es super o sur o sobrerrealista; basta su imagen, su pirueta, su ocurrencia, su metáfora, su comparación —es decir, su 'greguería'— en la realidad. No construye nunca en el aire. No huye ni rehúye lo humano, lo que es; arma su obra sobre los objetos: cuelga los más heterogéneos en toda clase de espantapájaros, a condición de que estén bien plantados en tierra".



FUERON CELEBRES LAS CHARLAS DE RAMÓN. APARTE DEL ATRACTIVO DE SU RETORICA, SORPRENDIA AL PÚBLICO SU FORMA DE PRESENTARSE, UN VERDADERO «SHOW». DIO CHARLAS DESDE UN TRAPEZIO, SOBRE UN ELEFANTE... EN LA FOTO, CARACTERIZADO PARA LA PRESENTACION DE UN FILM DE AL JONSON.

LA BARRICADA "POMBO"

Cuenta Julio Gómez de la Serna que la primera vez que vino Francis Carco a Madrid se limitó a decir al taxista que le llevara a la tertulia Pombo. El café de Ramón era ya una institución. La historia está contada en "Pombo" ("Pombo", 1918, y "La sagrada cripta de Pombo", 1924) por el propio Ramón, y ha sido inmortalizada por Solana. En Pombo, Ramón ha dejado un fresco magnífico de españoles de la época: Bergamín, Cansinos Assens, Bagaría, Xenius, Bacarisse, Camba, Guillermo de Torre, Picasso, Solana, Romero de Torres, Victorio Macho...

Fundó la tertulia en 1914. Para entonces, y desaparecida "Prometeo" en 1912, había publicado su primera novela, "El doctor inverosímil", y la primera colección de "Greguerías" —invención literaria que hubiera bastado para que Ramón pasara a la historia de la Literatura. Necesita prosélitos y un café donde reunirlos. Encontró uno céntrico, a la entrada de la calle Carretas, junto al Ministerio de Gobernación de la Puerta del Sol.

"Siempre me pareció un café vetusto, pero tendrá gracia que en él se cobijen y alboroten los más modernistas".

De Pombo hizo una barricada desde la que declara la guerra estética a la ciudad burguesa, acogiendo condignamente a la marea rebelde, sobre todo de los nuevos plásticos, que viene a refugiarse desde la Europa en guerra" (Gaspar Gómez de la Serna).

A partir de estas fechas fundacionales de la tertulia más famosa que ha existido en España, a partir de las primeras ediciones de las "Greguerías," tan polémicas, comienza la etapa más fecunda y más importante de Ramón. Su euforia vital y creacional va a durar hasta la guerra civil española. En 1915 publica "El Rastro", en 1917, aparecen "Senos", "Greguerías" y "El circo", en 1918 la primera entrega de "Pombo". "El Liberal" le ofrece sus páginas y luego traslada la tribuna a "El Sol".

LA PLENITUD

Son los años de plenitud ramoniana: de la primera guerra mundial al comienzo de la española. "Este carácter de precursor, jefe y pontífice de la rebelión estética —dice Eugenio de Nora— lo mantiene hasta los años que preceden a la guerra de 1936. Es sin duda en esos años que van de 1914 a 1935 cuando Ramón desarrolla hasta la plenitud su poder creador".

El ramonismo como movimiento —si cabe hablar de un movimiento unipersonal— surge con la greguería, instrumento retórico del que se sirve Ramón para revelar —u ocultar— a su modo, metafórica y humorísticamente, la realidad. No hay género literario en el que Ramón no introduzca la greguería para distorsionarlo y enriquecerlo.

A esta época pertenecen casi todas sus grandes novelas: "La viuda blanca y negra" (1917), "El doctor Inverosímil" (1921), "El incongruente" (1922), "El secreto del acueducto" (1922), "La quinta de Palmyra" (1923), "El chalet de las rosas" (1923), "El torero Caracho" (1926), "La Nardo" (1930).

Llegó a tal punto la popularidad de

Ramón que Unión Radio instaló un micrófono en su despacho para que retransmitiera desde él.

Las editoriales Kra y Flammarion comienzan a traducirle al francés. En España los periódicos reclaman colaboraciones suyas. Pasa de "La Tribuna" a "El Liberal", donde por vez primera cobra los artículos periodísticos. Posteriormente fue contratado por "El Sol". Su relación con Nicolás María Urgoiti trascendió lo empresarial. Cuando éste tuvo que abandonar "El Sol", lo acompañó —al igual que Lorenzo, Bagaría o Azorín— a "Crisol", y luego a "Luz".

El periodismo no fue un recurso para Ramón. En la entrevista que concedió a Federico Lefebvre para "Les Nouvelles Littéraires", declaró: "El periodismo es quizá mi mayor timbre de gloria". Ortega y Gasset le participó el proyecto de la "Revista de Occidente", y Ramón le recomendó que utilizara en la composición un tipo de "largas des y pes con larga espada", que luego dieron un carácter tan personal a la revista. Ramón fue el maestro de los literatos que agrupó esta publicación y sus puntos de afinidad con las teorías novelísticas de Ortega son muchos. En "Ideas sobre la novela", Ortega define este género literario de una forma ramoniana:



RAMÓN TUVO DOS COMPAÑERAS MUDAS EN SU DESPACHO. CUANDO SE LE ESTROPEÓ EL MANIQUI QUE COMPRO EN EL RASTRO MADRILEÑO, ENCARGO DE PARÍS ESTA MUÑECA, A LA QUE, EN LA FOTO, LE HACE UNA ENTREVISTA.

"Novelista es el hombre a quien, mientras escribe, le interesa su mundo imaginario más que ningún otro posible. Si no fuera así, si a él no le interesara, ¿cómo va a conseguir que nos interese a nosotros? Divino sonámbulo, el novelista tiene que contaminarnos con su fértil sonambulismo".

SOBRE LA "MORGUE" DE LA GLORIA

En 1923 pronunció la famosa conferencia desde el trapecio del Circo Americano en la sesión de homenaje que le dieron por haber escrito "El circo". Venía a justificar así el calificativo de "funambulista" que habían dado a su prosa. No menos imaginativas fueron otras muchas charlas que dio a lo largo de estos años de esplendor. Así, la que dio —pintado de negro— antes de la proyección de una película de Al Jonson o la dedicada al humorismo en que se hizo acompañar con un vermut y sifón y al final de la cual se comió la vela de la palmatoria, o las "conferencias maleta", verdaderos ejercicios de prestidigitación en los que sacaba de la valija una bola brillante de pasamanos de escalera después de una estrella de mar disecada, unos soldaditos y unos pisapapeles...

Su fama saltó el Atlántico. La revista "Martín Fierro" le dedicó un número monográfico. Todos le solicitan. Su cuarto de trabajo es término de peregrinaciones literarias y sigue haciendo terrorismo cultural desde el Pombo. Para ponerse "a salvo de Madrid" escapó a Portugal. En un promontorio de Estoril, ciudad que define como "algo dulce y herméticamente separado del mundo", construyó su chalet ideal, "El Ventanal", donde vivió en soledad durante dos años. Se trasladó luego a Nápoles —"la ciudad más inmortal que yo he conocido"— y allí polarizó la atención de la vida literaria italiana durante otro año. Sus novelas se publicaban diariamente en folletón en el "Mezzogiorno". En Nápoles escribe "El torero Caracho" y "La mujer de ámbar".

En 1926 retornó a su Madrid ("encantador" a pesar de la rigurosidad de sus inviernos y del que nos ha dejado novelas invernales, como "Las tres gracias"). En Francia publica "L'Incongruent" y "Le Cirque", con lo que ya son cinco los vertidos al francés. Para la presentación de estos títulos se trasladó a París. Veinte días duró este viaje de "gloria y aspirinas", de homenajes, firmas de libros, encuentros. En uno de los banquetes que le dieron en su honor, se inventó el cocktail Ramón, cuya fórmula consistía en añadir a una serie de licores unas gotas de azul de metileno. La revista "Carrefour" le pagaba mil francos mensuales por perte-

necer a su consejo asesor. Ya Bontempelli le había llamado antes a "900", donde compartió la asesoría junto a James Joyce, Mac Orlan y George Kayser.

La apoteosis de este viaje de Ramón a París fue la noche de gala que le dedicó el Circo de Invierno. Habló sobre un elefante. Cuando terminó el "show", tomó un taxi y —cuenta— al "llegar al hotel me tiré en la cama sobre la **morgue** de la gloria".

Corpus Barga escribió sobre esta noche memorable: "Muerto Blasco Ibáñez, Ramón es hoy el escritor español de imaginación con más prestigio en el mundo". De esos días data su contrato con "La Nación", de Buenos Aires, colaboración que mantuvo durante más de veinte años.

En 1929 se estrenó por vez primera una obra de teatro de Ramón, ya que "Utopía" se había montado en 1910, privadamente. "Los medios seres" defraudó. Duró unos pocos días en cartel. Díez Canedo ha valorado así la obra ("Hora de España", número XVI): "Los personajes pintados verticalmente de dos colores, blanco y negro, parecen haber nacido, no más, de una idea plástica, sin encontrar en su desarrollo la suficiente fuerza de convicción o el necesario ardor de polémica, esto es, quedándose en mera tentativa". Al comienzo de la obra, el apuntador —personaje importante de la pieza— se volvía en su concha hacia el público para explicar que "casi todos somos medios seres. En los medios seres hay una parte que no se ha definido, que está en devenir, fluida, llena de posibilidades: ese dulce lado inacabado es el que poetiza a los seres". Ramón calificaría de "malhadada" aquella noche de estreno. Fue un tropiezo en una carrera "excesivamente" brillante.

Por las mismas fechas hay otro hecho doloroso en la vida de Ramón: la ruptura de relaciones con "Colombine", Carmen de Burgos. Pero, en seguida, va a conocer a la mujer que le acompañará hasta la muerte. En 1931, en un viaje a Buenos Aires, encontró a Luisa Sofovich, porteña, nacida en 1912, de padres rusos. Estaba casada y tenía un niño de meses. Consiguió el divorcio y la trajo a España. Luisa, Luisita, fue para Ramón esa mujer que se ha buscado toda la vida:

"Había dado muchas vueltas al mundo buscándola... En la raza nueva, Luisa era la muchacha —exótica, americanizada y españolizada— llena de fe en la literatura y el amor".

De los años literarios de Ramón durante la República cabe señalar la biografía "El greco" y su colaboración en el diario "Ahora" y en la revista "Cruz y Raya", dirigida por su amigo y devoto, tertulio de Pombo, José Bergamín.

RAMON Y LA POLITICA

Al llegar a este punto, y para explicarnos la actitud de Ramón ante la República, debemos abordar el tema de Ramón y la política.

Se ha hablado de un Ramón anarquista, pero, ¿lo fue alguna vez? Lo fue una noche, en la adolescencia. Excepto aquel sarpullido, el resto de su vida fue eso que se llama un escritor apolítico.

Es conveniente que retrocedamos hasta la infancia, hasta el día de la coronación de Alfonso XIII, el más luminoso de la vida de Ramón tal como aparece en "Automoribundia". La coronación del Rey fue para él como su propia exaltación. Compara al Rey con el discípulo más aventajado de la clase en un reparto de premios.

"El mejor de nosotros iba a recibir el artilugio supremo de la corona".

Ramón pasó después por una racha anarcoide, durante la adolescencia, pero las lecturas de "Tierra y Libertad" y algunas amistades peligrosas duraron muy poco. En seguida se revolvió contra ellas como contra un mal sueño y, en su condena, arrastró también a la adolescencia y juventud como etapas de rebeldía política. En realidad, Ramón se hizo prematuramente viejo desde el punto de vista político, por haberse sentido precozmente literato y entender la literatura como algo que se justifica por sí solo.

Pero vayamos a la noche en que culminaron sus fervores anarcoides. Había acudido con algunos compañeros a un mitin de republicanos y socialistas, con ánimo de reventarlo. Fue detenido y, cuando salió de la comisaría, ya de amanecida, decidió romper para siempre con aquellos vínculos. Se compró una bufanda y un monóculo y se "lanzó al Madrid del atardecer", a la bohemia "ya sólo con el sediento ideal del arte":

"Yo vi el feo contorno de la adolescencia inconsciente y tenebrosa y no volví más con aquellos seres que entonces me di cuenta que no tenían cara ni panorama espiritual, ni sentimentalidad, ni ternura alguna, llevando sólo entre ceja y ceja, la idea atentatoria y sanguinaria".

La afirmación monárquica de Ramón se repite el día de la boda de Alfonso XIII (tenía dieciocho años y ya era "autor"):

"Yo admiraba al Rey, yo no era de esos españoles que siempre fueron regicidas y en sus manos está —ellos dicen que es tinta— la huella azul de la sangre del rey que mataron".

Ramón cae en la cuenta que, de haberse



CON LUISA SOFOVICH, SU AMOR DEFINITIVO. LA CONOCIO EN UN VIAJE A BUENOS AIRES.

producido el atentado contra la pareja real en la iglesia y no en la calle, hubiera podido morir su padre, quien, como director general de Registros y del Notariado, había actuado en la ceremonia junto al ministro de Justicia, notario mayor del Reino. Entonces escribe esta reflexión:

"El destino político descompensa las vidas, las familias. Política es, al menor descuido, funeral, fatalidad suelta, precipitación del destino, coche de pompas fúnebres o de mudanzas".

Para él la política pasa del atentado al desinterés total, y equipara la revolución con la muerte ("es mucho más crimen que la guerra"). Lo cierto es que él mismo se había definido como monomaniaco de la literatura. En la Universidad se mantiene al margen de cualquier tipo de actividad política, y se revuelve contra los compañeros:

"Yo miro indignado ese espectáculo alevoso, abusivo, absurdo".

Hay un pasaje que revela lo que sentía por la revolución y los revolucionarios: su encuentro en París con Ciges Aparicio. Al evocar el recuerdo del exiliado, político, del idealista Ciges, que vivía en su mismo

inmueble, mezcla el desdén a la compasión: "Arrastraba el baúl por todas partes", dice, a lo largo de su "vida lastimosa".

En 1922 aceptó a regañadientes el nombramiento como secretario del Ateneo madrileño, pues lo consideraba una institución excesivamente política y él prefería su tribuna personal del Pombo, a cubierto de toda política. Él siempre había reivindicado para sí:

"Teorizar y escribir en la independencia fue el ideal querido de aquellos años y ser en medio de todo eso un hombre de honor al que no se atreviese a proponerle nadie nada indecoroso".

Este desinterés por la política —más extraño en tiempos como la República— pasa por un notorio aristocratismo. Así puede deducirse de algunos pasajes de sus Memorias, como el siguiente:

"Mi sintomática de la posible revolución que venía, residía en detalles ajenos a la política, en la espesa multitud de mangantes que rodeaban al cuartel de la Montaña hacia la montaña de Príncipe Pío —siempre soñaba que el "boina chica" robaba la trompeta y se apoderaba del cuartel—, en los que se aproximaban a las garitas, en los escritos en las garitas vacías, en los que iban por el rancho —y de los que desde niño había desconfiado—, todo ese proselitismo al que no prestaron atención los que debieron prestársela".

EXILIO Y MUERTE

Oficialmente establecido en el lado republicano, colaborador de periódicos y revistas republicanas ("El Sol", "Crisol", "Luz", "Ahora", "Cruz y Raya"), la guerra le cogió en Madrid. Decidió escapar en agosto de 1936. Para ello utilizó una "estratagema" (este es el término que emplea, y el recurso parece infantil, pues no hubiera encontrado oposición para ello) que consistió en pedir un pasaporte para asistir a las reuniones del PEN Club, que se celebraban por entonces en Buenos Aires. Él había sido fundador con Azorín, y con el cargo de secretario, del PEN Club en Madrid.

Así que empaquetó ejemplares de cada uno de los títulos que había publicado y los envió a Argentina.

Buenos Aires, no obstante, fue el exilio, y ya la vida no podía seguir siendo un festín literario. Ramón pasó malos años en Buenos Aires. Los ha calificado de "negros". **Mantiene colaboraciones** en periódicos, lleva adelante su serie de biografías —Valle-Inclán, Lope, Quevedo— y traza la suya propia, libro riquísimo literariamente, resumen

de su obra, pero ocultador sin duda de ciertas realidades suyas. Ramón nos escamotea en "Automoribundia" la verdad, como en sus novelas nos había escamoteado la realidad.

En 1944 le llega una petición —fue José Ignacio Ramón quien le escribió— para que colabore en "Arriba". Dirigía entonces el diario del Movimiento Xavier de Echarri. Ramón envía semanalmente sus greguerías hasta que un nuevo director le pidió que escribiera otro tipo de cosas. Entonces pasó a "ABC". En 1949 fue invitado oficialmente, a través del Ministerio de Educación Nacional, a visitar España. Volvió a Madrid con Luisa Sofovich, pronunció una conferencia y presidió tres sábados la tertulia resucitada de Pombo. Su hermano Julio comentaría a propósito de esta visita: "Me pareció notar en él, pese a todos aquellos actos gratos, un desasosiego, como una prisa por marcharse de nuevo". El humor de Ramón se había tornado irascible.

En Buenos Aires pasó épocas de grandes dificultades económicas. Mantiene escasas amistades, como la de Oliverio Girondo, a quien ya conocía desde tiempo atrás. Su influencia literaria sobre los escritores sudamericanos, especialmente argentinos, aún no ha sido suficientemente valorada. En España le presentan al Premio Mariano de Cavia el año en que se le conceden a Dionisio Ridruejo. Manuel Halcón le dio, en cambio, el Juan Palomo. Se publican en Barcelona sus "Obras Completas". Colabora en "Clarín". Reedita. Le niegan una beca March. No hay más que leer las páginas que añadió a su biografía de Azorín, en las que vapulea al que fue su maestro por considerarlo literariamente muerto, para hacerse una idea del sufrimiento que debió de atormentarle en los últimos años. Ramón no había podido soportar a un Azorín sometido, acabado, dado por vencido en los años cuarenta. Su epílogo es una retractación de su admiración por un Azorín desafiante, entregado sin desmayo a la escritura. Ya en 1935 había escrito también palabras duras para Baroja en el número 33 de "Cruz y Raya" ("Historia de medio año"). Ramón recrea el ingreso de Baroja en la Academia:

"En su discurso impreso se veía que había tachadas con lápiz páginas enteras, quizá las más rudas, a veces aquellas en que se descubre la verdad de su elección... Por fin, Baroja se sentó y recibió una salva de aplausos, con la que se quiso pagar su esfuerzo, su cometimiento de rebeldías, las máximas rebeldías que son posibles en España".

¿Desde qué posición moral había hecho estos ataques? Le parecía sin duda que ambos habían hecho dejación de un puro ideal literario. La consigna de Ramón había



RAMON, QUE CONOCIO EL TRIUNFO COMO POCOS ESCRITORES, SUPO TAMBIEN DE LA AMARGURA DEL DESTIERRO, DEL OLVIDO Y, EN OCASIONES, DE LA PENURIA. PAGO UN PRECIO DEMASIADO ALTO POR SU AMBIGÜEDAD. LA FOTOGRAFIA SOBRE ESTAS LINEAS ES LA ULTIMA IMAGEN GRAFICA DE RAMON.

sido siempre la de no permitir que se colara en su vida nada que no fuera literario. Incluso no admitía el desfallecimiento creador y la Academia le había parecido siempre "la capilla de un cementerio". No es posible establecer unas líneas de conducta ramonianas mediante las cuales sea posible confrontar coherentemente otras conductas, a no ser una idea muy vagorosa de independencia y entrega total a la literatura que, por otra parte, reiteró hasta la saciedad:

"La literatura no es sólo la obra bien hecha, sino la independencia y la dignidad en que se vivió mientras se hacía, manteniéndose insobornable, que es la única condición que nos asemeja a Dios".

En 1962 el Parlamento argentino votó una pensión vitalicia para Ramón. Cuando le llegó la beca March estaba ya a punto de

morir. Pablo Neruda pidió para Ramón desde "O Cruzeiro" el Premio Nobel. Poco después moría. El 12 de enero de 1963.

En "Automoribundia" había escrito: "Sonrío al ver cómo he podido realizar ese ideal de independencia absoluta". Sin embargo, el escritor no puede ser juez imparcial de sí mismo. Eugenio de Nora ha remitido al tribunal del tiempo el juicio definitivo sobre la obra de Ramón, la novelística sobre todo, donde escamoteó sistemáticamente la realidad. Lo hizo —y esto es más grave— en su autobiografía. Nora dice:

"Es muy difícil suponer que el tiempo, en su juicio, completando esa realidad por él tan desdeñada, se le pueda benignamente disculpar".

Ramón tomó la literatura como un absoluto. Por eso consiguió "inventar el mundo", pero no comprenderlo. ■ C. A. R.